

El Sombrerón

—Celina, mi niña linda, ya no te acuerdas de mí, pero yo paso los días pensando en tus lindos ojos y en tu pelo tan hermoso. Voy al callejón del Carrocero, en el barrio de Belén, y te recuerdo... Yo te vi crecer, mi niña. Eras una muchachita tan sencilla y hacendosa. Después te convertiste en una encantadora jovencita, sin perder tu sencillez...

Quien así habla es el Sombrerón, que pasa por las calles jalando sus mulas, cargadas con redes de carbón.

El Sombrerón es un hombrecito a quien nadie, jamás, le ha visto la cara. Solamente se le miran las puntas de los pies, que salen bajo el ala de su enorme sombrero. Calza botas finas, con espuelitas de plata.

—¿De quién serán esas mulas? —decía la gente, porque los animales parecían no tener dueño.

— A saber de quién serán...

Las mulas aparecían en horas de la tarde y se quedaban allí, amarradas hasta las once o doce de la noche. Por eso, la gente comenzó a sospechar.

El Sombrerón estaba muy enamorado de Celina. Ella no lo sabía, pero una noche, la niña oyó que alguien tocaba guitarra y cantaba en el callejón:

**Ay Celina, niña mía:
solamente hay una luna;**

**hay mil estrellas bonitas
ipero como tú, ninguna!**

La muchacha quedó encantada oyendo esa voz tan linda. Amaneció distraída y pensativa. Así pasó todo el día y, al llegar la noche, se repitió el encanto:

**Eres palomita blanca
como la flor de limón,
si no me das tu palabra
me moriré de pasión.**

—¡Mamá, oiga esa música tan linda!
—¡Ay! Celina, o me estoy quedando sorda o a ti te pasa algo muy raro. Yo no oigo ninguna música.

En un descuido de su mamá, Celina se asomó a la ventana y ¡qué sorpresa la que se llevó!... El hombre que le cantaba parecía un muñequito, metido debajo de su enorme sombrero. En vez de sentirse decepcionada, la muchacha quedó maravillada.

La mamá comprendió que Celina



estaba enamorada, pero ¿de quién? Muy preocupada, les consultó a sus vecinos, y éstos le aconsejaron que se llevara a la muchacha lejos de allí. Casi a escondidas, sacó a Celina y la llevó a un convento. Las mulas ya no aparecieron y los vecinos estaban contentos. La mamá de Celina pensaba, tranquila, que su querida hija vivía en un lugar seguro.

Pero no fue así: la muchacha no soportaba el encierro. Tampoco podía olvidar al Sombrerón, y se ponía cada vez más pálida y triste.

El día menos pensado, Celina amaneció muerta en su celda del convento. Las monjas tuvieron que avisarle a la mamá, quien afligida, les pidió ayuda para llevarse el cuerpo de su querida Celina y velarlo en su humilde vivienda.

Pero en el velorio, ¡qué susto se llevaron todos cuando escucharon

que alguien lloraba, casi a gritos, en el callejón!... Era nada menos que el Sombrerón, quien desconsoladamente cantaba:

**Corazón de palo santo,
ramo de limón florido,
¿por qué dejas en el olvido
a quien te ha querido tanto?**

No hubo quien se arriesgara a salir de la casa... La voz se fue apagando poco a poco; casi al final, ya muy lejos se oyó la última copla:

**¡Ay ay aaaaay...!
Mañana cuando te vayas
voy a salir al camino
para llenar tu pañuelo
de lágrimas y suspiros...**

Las lágrimas del Sombrerón quedaron regadas en el callejón como si fueran estrellitas de cristal...

Luis A. Arango (adaptación)

El Principito

Entonces apareció el zorro:
—¡Buenos días! —dijo.
—¡Buenos días! —respondió cortésmente el Principito que se volvió sin descubrir a nadie.
—Estoy aquí, bajo el manzano —dijo la voz.
—¿Quién eres tú? —preguntó el Principito— ¡Qué bonito eres!
—Soy un zorro.
—Ven a jugar conmigo, —le propuso el Principito— ¡Estoy tan triste!
—No puedo jugar contigo; —dijo el

zorro— no estoy domesticado.
—¡Ah, perdón! —dijo el Principito. Pero después de una breve reflexión, añadió:
—¿Qué significa "domesticar"?
—Tú no eres de aquí —dijo el zorro—. ¿Qué buscas?
—Busco a los hombres —le respondió el Principito.
—¿Qué significa "domesticar"?
—Los hombres —dijo el zorro— tienen escopetas y cazan. ¡Es muy molesto! Pero también crían gallinas

y eso les hace interesantes. ¿Tú buscas gallinas?
—No, busco amigos. ¿Qué significa “domesticar”? —volvió a preguntar el Principito.
—Es una cosa ya olvidada; dijo el zorro. Significa “crear vínculos...”
—¿Crear vínculos?
—Sí, verás —dijo el zorro—. Tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros cien

mil muchachitos y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, como yo lo seré para ti...

Antonie de Saint-Exupery. *El Principito*
(adaptación)

Las máscaras



Algunos pueblos antiguos solían celebrar las honras fúnebres de sus seres queridos, colocando su cuerpo en una especie de canoa llena de flores y luego lo lanzaban al mar. Sus apesadados familiares utilizaban máscaras para que el dolor no fuera notado por las demás personas que asistían al funeral. A este tipo de canoa, se le denominaba carnaval o carro naval. Si analizamos, al unir estas palabras del latín se obtuvo como resultado la palabra carnavales que a su vez nos sugiere una nueva: carnaval.

En la actualidad, el uso de máscaras en cualquier tipo de fiesta del estilo carnaval es una forma de ocultar la verdadera identidad, al estilo de los tiempos antiguos que utilizaban la máscara para ocultar su estado de dolor, es decir, su identidad del momento.

El uso de máscaras permite a quien la lleva, realizar una serie de actos sin sentir culpa de ser reconocidos. Es por eso que durante los carnavales en algunos países latinoamericanos, las personas pierden la compostura sin luego experimentar vergüenza pues la máscara los defiende de sentirla.

Hay máscaras muy hermosas y otras, por el contrario son ofensivas. Las máscaras son utilizadas actualmente en las celebraciones festivas de los pueblos Mayas, representando personajes de la conquista y la época colonial.

El libro de cristal



El asno y la rana

Érase una vez, en una tierra muy lejana, un viejo asno; una triste armazón de huesos y pellejo, que iba muy cargado de leña.

Caminaba el animal por un camino empedrado, pensativo y cabizbajo, y a causa de lo débil que estaba, llevaba con dificultad la pesada carga. Daba el asno pasos muy lentos, y el camino se hacía largo y difícil. Pero el asno no podía avanzar más rápido, debido al peso de los años y de la leña.

A mitad de camino llegó el desdichado asno a una laguna convertida en barrizal debido a las recientes lluvias, y el pobre animal se quedó allí empantanado.

Viéndose de aquel modo el asno, cubierto de agua y de lodo, trocando lo sufrido en impaciente, contra el destino dijo neciamente expresiones impropias de sus años. Pero hete aquí que las ranas que jugaban por aquel lugar oyeron sus lamentos y quejidos. Unas se tapaban los oídos y las otras, que prudentes las escuchaban, le reprendían con estas palabras:

—¡Luche el mal jumento contra este sufrimiento, que entre las que habitamos la laguna ha de entrar lección muy oportuna!

Mientras, el asno las miraba lamentando aún su mala fortuna, las ranas, sin inmutarse por su situación, continuaron:

—¡Pareciera que estamos condenadas a vivir con poco remedio encenagadas con agua estancada. Casi sin esperanzas de correr en la tierra, y además de todo eso, no podemos ni cruzar el anchuroso mar profundo, ni aún saber lo que pasa por el mundo! Mas llevamos con lucha nuestro destino y aún sin premio de Júpiter divino, repartimos entre todas cada día, la salud, el sustento y la alegría. Pero sabemos que algún día, si nos lo proponemos y obramos con sabiduría, saldremos valientes del estanque y correrá por la tierra nuestra alegría. Menos queja, más lucha y más aguante.

Y cuando hubo salido del cenagal, partió de allí el asno con una máxima que aquel día había aprendido: "Es de suma importancia tener en los trabajos tolerancia, pues la impaciencia sin lucha en la suerte contraria, es un estado más amargo que la muerte".

Felix María de Samaniego (adaptación)

